

NEUROSIS EN LA LITERATURA CENTROAMERICANA

RAMIRO DE CORDOBA

Escritor crítico periodista
guatemalteco

CONTRIBUCION AL ESTUDIO DEL MODERNISMO EN GUATEMALA, EL SALVADOR, HONDURAS
NICARAGUA Y COSTA RICA

PALABRAS PRELIMINARES

Este ensayo lo constituyen una serie de recuerdos y de datos recogidos por quienes presenciaron los incidentes literarios en un ciclo de cuarenta años aproximadamente. Tienen el carácter de lo que Emilio Zola llamó documentos humanos. Algunas citas las tomé de los líricos por mí comentados y de otros autores que intervinieron en varios sucesos artísticos. Busco la causa de la neurosis de varios poetas aparecidos en 1890.

Los tratadistas de literatura siguen dos sistemas clásicos: agrupan a los poetas o prosistas en escuelas o reseñan los episodios literarios cronológicamente. No hay en Centro América un solo estudio sobre los orígenes del modernismo en nuestro medio ni de las alteraciones nerviosas que produjo en muchos literatos. En España, sí se habló de literaturas *malsanas*, pero tal caso en nada nos afecta. Mi modesto trabajo es solo una contribución al análisis de las etapas del modernismo en nuestros países.

El haber residido en varios de los Estados del Istmo me permitió recoger impresiones directas de los neuróticos y de haber escuchado de labios de algunos de sus amigos relatos impresionantes sobre las angustias de aquellos, sus tendencias y contradicciones artísticas. Algunos fluctuaron entre las elucubraciones eróticas y las religiones de la India. Presento tres casos típicos de neurosis: la de Rafael Angel Troyo, de Costa Rica, la de José C. Mixco, de El Salvador y la de José T. Olivares, de Nicaragua. Los tres poetas citados pertenecieron a la generación de fin de siglo, en una zona neutra entre los románticos y los primeros modernistas. Así penetró doble veneno en sus cerebros: la desesperación de los amargados discípulos de Byron y los conflictos estéticos de las escuelas literarias francesas.

Imposible es referirse al movimiento modernista de Centro América sin apreciar la influencia poderosa de Rubén Darío. Si él promovió nuevas formas en la poesía de España, debe valorizarse su ascendiente en los medios del Istmo, cuando visitó inicialmente El Salvador, Guatemala y Costa Rica. Transformó, en parte, el periodismo con sus diarios *La Unión*, en San Salvador y *El Correo de la Tarde* en Guatemala. Tales sucesos se anotaron en los años 1889 y 1890.

Algunos psicoanalistas al estudiar la neurosis en los niños de las escuelas aseguran "que el mal se ori-

gina al romperse el lazo que une al infante con su núcleo, enfermándose, además, el niño por el déficit de juego. Para curarlo precisa restaurar dicho rompimiento. Los desequilibrios infantiles se prolongan a la adolescencia y aun a la edad madura". En los poetas neuróticos hubo algo similar. Por acogerse a un exótico rompieron el lazo que los unía al medio. La neurastenia se apoderó de ellos.

Para algunos discípulos de Freud la neurosis se alimenta de la sexualidad reprimida. Adler la basa en el manido complejo de inferioridad. Otros agregan como causa la represión de los sentimientos religiosos. Los dioses antiguos, manifiesta Jung, se refugian ahora, en forma de fobias, en el plexo solar. Quizá en los conflictos anímicos de nuestros literatos entren también, la tristeza indígena, la desnutrición y el sentimiento místico en pugna con el racionalismo y un arte libre de prejuicios morales.

Va a contrariarse quien pretenda encontrar en este ensayo divulgaciones técnicas de psicología o referencias de autores versados en las enfermedades del espíritu. Ante todo, he buscado en algunas corrientes literarias la fuente de los desarreglos nerviosos. Cabe agregar que pasó la época del modernismo agudo y que nadie ha enjuiciado ese período. El oro legítimo anda revuelto con la escoria. Falta el crítico estudioso, valiente y honrado.

La desorientación de los vanguardistas de 1923 tiene un ligero punto de contacto con la de los literatos de 1900. Los citados en primer término han oscilado entre el expresionismo, el creacionismo, el estridentismo y otras escuelas no bien clasificadas. Las mayores extravagancias se infiltraron para alternar con poemas ingeniosos y emotivos. Igual sucedió a los modernistas. Por las puertas sin vigilantes, precipitose un turbión de malos líricos.

Con los vanguardistas no hubo morbos. Después de espigar en diversas escuelas quedaron pendientes de Federico García Lorca y Pablo Neruda, circunstancia anotada por el crítico Luis Alberto Sánchez. García Lorca está lejos de ser un exótico para nuestros pueblos. Su poesía es castiza. Tiene vínculos con la tradición y con la raza. Neruda dentro de su oscuridad, es americano. Todos sus poemas tal vez sean demasiado nebulosos, pero nunca "enfermizos".

La tristeza árabe de los poetas.—Herencia de los románticos —Los políticos y el romanticismo —Influencia de Díaz Mirón y la jactancia rebelde.—Pesimismo de Leopardi y de Hugo Fóscolo —Ascendiente de los poetas mexicanos sobre Centroamérica.—Relieve de Landívar y José Batres Montúfar —La mujer y el romanticismo literario.—Alcohol y neurosis.

Carlos Octavio Buge, sociólogo argentino en un estudio del medio latinoamericano, insiste en la *tristeza* como característica de nuestra raza. Una de sus bellísimas parábolas presenta el conjunto de tres vírgenes criollas: una de ellas es esencialmente primitiva (la Tristeza), la segunda es una mulata (la Soberbia) y la tercera una zamba (la Pereza). La trilogía interviene en todos los actos de nuestra vida. Los políticos obedecen sus órdenes y los poetas no pueden sustraerse a su influencia, máxime que ellos interpretan —cuando lo son de verdad,— el alma colectiva. Chocano que fingía ser optimista, confesó ser víctima de la melancolía, sólo que a su juicio, tenía ésta un origen africano. Dicen sus versos

La tristeza mora que es grave y sombría
se vino a la grapa del potro español

Chocano se jactaba de descender de Gonzalo de Córdoba y a pesar de sus pretensiones de cantar el Continente, no reconoció la fuente de su tristeza criolla. La pesadumbre le llegaba, no de los árabes, sino del ancestro indígena.

Los poetas de América más atormentados por la *Tristeza* de la parábola de Bunge, fueron aquellos que vivieron en los últimos días del romanticismo. Heredaron la pesadumbre de sus maestros y participaron de la neurosis de los *decadentes*, recién aparecidos en la lírica. Como las obras de los citados *decadentes* les llegaban fragmentariamente, fue el romanticismo el que más daños produjo. Contribuía también a la difícil penetración de los simbolistas y de los *parnasianos*, la guerra sin cuartel, que a estos les hacían los académicos. A los innovadores, los calificaban de locos y Verlaine era miserable vagabundo o enfermo podrido en los hospitales de París. Era difícil aceptar la grandeza de su genio.

Si el romanticismo en América dio obras literarias hermosas, también causó estragos. Los suicidios de Europa, tuvieron correspondencia en nuestros medios. Las novelas que exaltaban los amores infortunados —al tipo de *Adolfo*,— fueron imitadas en narraciones sentimentales. Heroínas de este género trasplantadas a América fueron las *Marías*, las *Cármenes* y las *Amalias*. Al mismo tiempo, los poetas hacían gala de desesperación y “daban el salto a lo desconocido” para usar la frase de moda en esa época. Debe de recordarse el caso del poeta Manuel M. Flores, (de México), romántico exaltado. Se suicidó cuando apenas contaba veintidós años de edad. El discreto ensayista Torres Riosco, en interesante libro sobre los precursores del modernismo en nuestros países, expresa que dos de los más grandes poetas de ese ciclo neo-romántico, se suicidaron. Julián del Casal, en Cuba y José Asunción Silva, en Colombia. Estos —al

igual que otros de la misma generación— sentían la influencia nociva de las orientaciones filosóficas empuñadas en demostrar que el dolor era lo sensible de la existencia, “lo único positivo”. El destino, se interponía entre los enamorados y sólo el suicidio daba solución favorable a los problemas eróticos. El acto era de liberación, y además “un bello gesto”.

Los primeros románticos de América fueron los políticos. La prosa del orador don Lorenzo Montúfar, en Guatemala, fue manifestación de esa escuela exaltada. Los artículos en los diarios eran más que románticos. Según los literatos las huellas de Víctor Hugo, quien cantaba en sus poemas los sucesos más salientes del siglo y la llegada al mundo de trascendentales descubrimientos. En tales románticos se notaba marcada huella del cristianismo. Oscar Wilde, el penetrante poeta y pensador inglés, observa que en donde surge el romanticismo se trasluce algo de los evangelios. Ese fenómeno se notaba más en los cantos cívicos de los poetas americanos. Si los vates se mostraban paganos, era en forma accidental. Sólo la influencia cristiana era constante, dispuesta a modificar el academismo en arte y a destruir todas las instituciones. Cada uno de los románticos era inadaptado, descontento del medio social y hasta económico. Los poetas civiles, en su mayor parte, eran laicos y a la lectura de los escolásticos, preferían las obras de los enciclopedistas. Como indico, todos se hallaban en la órbita de atracción de Hugo. Esto puede verse bien, en el canto de Díaz Mirón al autor de Hernani.

Los literatos que más influyeron a los nuestros fueron Musset, Enrique Heine, Hugo, Fóscolo y Leopardi. Los filósofos no influyeron visiblemente, quizá porque los poetas tenían cultura superficial. Únicamente las máximas de Shopenhauer, en su fase popular y sencilla, llegaban a los círculos literarios. Los *Dolores del Mundo* eran una biblia de desesperación con máximas de gran contenido para los portaliras. Sólo el misterioso genio de la especie era la única razón de ser en los enamoramientos. “El amor ideal había de desterrarse”. En esa época cuando ya se insinuaba el *modernismo*, llegaban a América las rimas amargadas de *El Intermezo Lírico* y las canciones pesimistas de los más grandes poetas italianos. Todos admiraban la figura del personaje de Heine.

Erase un caballero macilento
tímido, triste, silencioso, lento

La muerte dejó de ser siniestra. Una de las composiciones más famosas de Leopardi presentaba, como a hermanas gemelas, el Amor y la Muerte. Se encontraban éstas en el mismo plano y ninguna podía superar a la otra en hermosura, ni en atractivos. La Muerte ofrecía besos enloquecedores a los enamorados, con la misma ansia con que puede hacerlo una novia. Leopardi insistía en que el corazón debe descansar: en el reposo está la terminación de las angustias determinada por el veneno moral del fin del siglo. Hugo Fóscolo se perdía en los cementerios, huía de los campos gratos de las églogas. Para él no había música más grata y cadenciosa que la brisa entre los cipre-

ses de los panteones, ni quietud más plácida que la de lívida noche de luna entre las tumbas

Espronceda fue el poeta español que más influyó. Si los poetas desconocían las lamentaciones de Lamartine, en cambio, recitaban correctamente las estrofas de *El Diablo Mundo*. Espronceda era romántico revolucionario en la forma y en el fondo. Criticaba los prejuicios sociales y religiosos. Eran famosas las blasfemias de algunos de sus personajes, sobre todo en *El Estudiante de Salamanca*. Tales herejías parecieron aprendidas en los libre-pensadores de Francia. Multiplicaba las metáforas y otros artificios literarios. Personalmente realizaba el tipo del perfecto romántico: cabeza interesante, ojos profundos, frente ancha y prestancia trágica. Tal el perfil del padre de *Elvira*, "la desdechada" y "cándida rosa que agostó el dolor".

Los poetas de México ejercieron influencias directas sobre los románticos de Centro América. Las más marcadas fueron las de Acuña, Díaz Mirón y Gutiérrez Nájera. La de este último en los primeros días del modernismo. *El Nocturno a Rosario*, de Acuña, de ritmo monótono y expresiones melosas, se estimó como una de las composiciones literarias más perfectas. Dentro de su romanticismo, presentaba notas de burguesía insospechable. En esa composición él anhelaba una casa solitaria donde él y su amada pudieran vivir tranquilamente. Anhelaba que junto a ellos pudiera encontrarse la madre del poeta, lo que hoy podría someterse a un examen psico-analítico, buscándole una interpretación como escape de horrible neurosis. La influencia de Díaz Mirón fue de diversa índole: su romanticismo se levantó altivo y petulante. Aseguraba con énfasis cómico que de haber sido ángel hubiera sido "el temible Luzbel". (Como cantó unos ojos verdes, todos creyeron de buen tono elogiar en versos sonoros las pupilas de verde marino). Pregonaba el poeta que su carácter era de firmeza y luz como el cristal de roca. Cabe afirmar que lo propio que sucedió con los poetas mexicanos del romanticismo, acaeció en 1923 al imitar al poeta azteca semifuturista, Maples Arce. Su libro *Andamios Interiores* constituyó un evangelio para quienes recibieron con júbilo los respaldos del movimiento llamado de vanguardia.

Entre los poetas románticos no encuentro ninguno de relieve. Todos eran menores. En cambio, en los días de la colonia y pocos años después de la independencia descollaron dos poetas: en el primer período citado, Rafael Landívar y en el segundo, José Batres Montúfar. Ambos han sido elogiados por la crítica docta de don Marcelino Menéndez Pelayo, ajeno a nuestras pasiones literarias. Al primero lo coloca entre los más grandes poetas neolatinos. Batres Montúfar tiene la misma altura y la misma gracia que el italiano Casti. Lo dicho sobre Guatemala puede aplicarse a las demás repúblicas centroamericanas. El nacionalismo, exagerado ha servido para otorgar famas en desacuerdo con la realidad.

En el ciclo del romanticismo aparecieron algunas mujeres de fina sensibilidad, siempre agobiadas —líricamente— por la tristeza. Sus temas predilectos fueron los amores contrariados, el dolor producido por la muerte de una amiga o la contemplación de ruinas, no

tan famosas como las de Itálica. Lucila Gamero escribió, en Honduras, novelas sentimentales de ambiente provinciano. María Cruz, en Guatemala, fue una poetisa sencilla y emotiva. En El Salvador descolló Ana Dolores Arias, imprimiendo a sus estrofas un sello de *melarchía*, sentimiento parecido a la "cavanga" nicaragüense. Copio una de sus estrofas:

Ayer no más alegre y bulliciosa —contaba de mi infancia venturosa— las horas de quietud, —hoy como el ave entristecida canto— y se marchita y languidece en tanto—mi ardiente juventud.

A la entrada del modernismo—(sin que esta fuera causa)—principió una racha de suicidios. El poeta Armando López Portillo se suicidó en San Salvador y Luis Angel Villa en Nicaragua. Lo mismo sucedió en Guatemala con Gustavo Acosta Barrios y otros más. Todos buscaron en el alcohol barato un escape a sus inquietudes y a sus neurosis y, al no conseguirlo, se disparaban el pistoletazo en la sien.

El bobarismo en el arte —Desacuerdo entre el ensueño y la realidad.—Viajes imaginativos a través de los libros.—Fluctuación entre los helénicos y oriental.—La generación modernista de Nicaragua.—La tragedia provinciana de José T Olivares.

Las agudas neurosis que a principios de siglo atormentaron a los literatos centroamericanos se debieron más que a la tensión nerviosa de la vida moderna, a las manifestaciones del bovarismo. Tal enfermedad debe verse no sólo en el aspecto logrado por el escritor francés, sino deben buscársele otras interpretaciones. Flaubert sin sospecharlo fue más allá de sus propósitos en lo que atañe a presentar el desequilibrio mental de su heroína, atenazada por lecturas inquietantes. La famosa *Madame Bovary* era una inadaptada, y sus deseos reprimidos, tomaban caracteres de semilocura: estado anímico que se perfila admirablemente en la creación flaubertiana. *Madame* además de sus escapadas amorosas a los lugares vecinos a su residencia, sabía urdir embustes encaminados a despistar al marido. Refugiada en Ruan, población con igual número de habitantes que cualquier capital de Centro América, sufría la constante atracción de París. Sin hijos y exenta de negocios personales que atender, su imaginación tomaba vuelo. Luego, la heroína mantenía fobias hacia lo circundante. Fue el bueno de Bovary quien primero sufrió las consecuencias de ese extraño malestar anímico, no percatándose de la gravedad de su esposa, a pesar de sus conocimientos médicos.

Fue designada la novela de Flaubert como el libro del aburrimiento provinciano. *Madame* deseaba estar sola, lejos del ambiente familiar, en el cual lo único llamativo eran las reliquias antiguas de la iglesia. Cuando uno de sus amigos le hizo observaciones acerca del adulterio respondió, "En París esto es muy corriente". Con tal frase el novelista delineó no sólo la posición moral de la protagonista, sino la índole de la neurosis. Aun más, los amores y amoríos con los

forasteros tenían para ella los mismos caracteres que presentaban las aventuras de las damas galantes en París. En su desesperación de inadaptada exclamó más de una vez "Nada hay tan lamentable como lo que me sucede". Se refería al tedio del pueblo, a la monotonía aplastante contrarrestada por su vida artificial. En medio de la languidez del lugar desenvolvíase un drama interior, predominando en su existencia la nota gris. *Madame* para los pobladores de la aldea, "era una de tantas" sin sospechar en ella, sus admirables viajes imaginativos. Ella, confesándose, en los brazos de un amante exclamaba "Que bien viviríamos en París". Como respuesta el amartelado le acariciaba —tal apunta Flaubert— los alamares del vestido.

A juicio de *Madame* para vivir intensamente no precisaba radicarse en una gran urbe. En Ruan podían agotarse las expansiones. Tal el principio de la aguda neurosis. Sus amantes llegaban a sorprenderse de sus extravíos a pesar de estar aquellos aclimatados a París. Uno de sus últimos favoritos exclamaba maravillado ante las complejidades eróticas "¿Dónde has aprendido esos refinamientos?". *Madame* en el silencio de su alcoba agrandaba sus vicios a través del lente de su fantasía. Gustaba de refugiarse en un reducto inabordable, alejada del mundo y del marido, quien personificaba el alma de la provincia. Su recinto, dentro del cual permanecía horas enteras, se transformaba en un trozo de la ciudad admirable. En igual forma principió la locura de Don Quijote. *Madame* sustituyó los libros de caballerías por las narraciones de novelistas apasionados. Motivo fundamental el adulterio.

Madame así era el producto de lecturas eróticas, fantásticas. Para nada influyeron en ella las obras maestras de la literatura, ni las filosóficas. Flaubert en una de sus frases brillantes dice "Ella era la enamorada de todas las novelas, la heroína de todos los dramas. Vagaba en todos los libros de versos". El sentimentalismo se agudizó en su alma y ayudó a fomentar la hiperestesia. La falta de diversiones la obligó a adoptar una actitud pasiva ante la existencia. Además, no se contentó con ser la heroína de las novelas y la enamorada de los poemas leídos, sino ansió que sus amantes imitaran a los personajes imaginarios. Anhelaba un transporte completo al clima espiritual parisense. "En esa manía, dice el novelista, quiso que un amante se vistiera de negro, buscando la apariencia con un papa". Tras esbozar esos desequilibrios, Flaubert asevera medio irónico y medio amargado "El más humilde libertino ha soñado con sultanas y todo notario lleva íntimamente las ruinas de un poeta".

La heroína, para matarse, rechazó la pistola de los discípulos de Werther. Debido a estar en contacto con las medicinas manipuladas por su esposo Carlos Bovary, ingirió un puñado de arsénico. Produjo tal decisión el choque entre el mundo de los sueños y la realidad, situación vislumbrada plenamente por ella cuando asuntos económicos la despertaron del letargo artificial. No pudieron salvarla los personajes irreales con los cuales estaba familiarizada. Era más efec-

tivo el alguacil de un juzgado que la silueta de un protagonista literario. Los amantes con quienes había agotado la felicidad desaparecieron por ensalmo. Dejaron de ser tipos idealizados para convertirse en los vulgares habitantes de un pueblo sin alma. Las actuaciones judiciales y las maniobras de los agiotistas constituyeron los focos principales de sus preocupaciones. De ahí que su tragedia haya sido más intensa que la de cualquiera de las heroínas fantásticas o que el drama real de los pesimistas esforzados en mantener los dogmas de Shopenhauer al asegurar que cada hombre puede matar al vecino, para con la grasa de la víctima dar brillo al cuero de sus zapatos.

Muerta *Madame* siguió ejerciendo influencia sobre quienes la rodearon en su existencia por el clásico valle de lágrimas. Si en vida no influyó en su esposo, ya muerta principió a modificar las costumbres de Bovary. Sin sospecharlo fue atacado de bovarismo. El novelista al referirse a las nuevas determinaciones del viudo expone "Para agradarla, como si viviera ella, adoptó los mismos gustos e ideas, compró botas de charol, usó corbatas blancas, untóse los bigotes de cosmético y hasta como ella, firmó pagarés". Desde la tumba le llegaban las influencias nocivas". El mismo señor Homais, representante de la mediocridad de la aldea, sufrió al par las influencias del enervante bovarismo. Ninguno de los familiares de la víctima, ni sus amantes abrigaron la sospecha de un suicidio. Tal manchón hubiera sido más grave que todos los adulterios. La discusión inicial alrededor del cadáver fincó en difundir la noticia de que *Madame* había tomado arsénico, por equivocación.

En literatura el bovarismo hizo muchos estragos. Los poetas quisieron vivir artificialmente fuera del medio. Antes que contemplar la naturaleza, para expresar sensaciones directas, prefirieron aludir a la vida europea, vista a través de las páginas de los escritores famosos. Tomaron como modelo los poetas malditos. El conocimiento de éstos se hizo por medio de malas traducciones. En tal época aun no había aparecido con extraordinaria pujanza la literatura llamada americanista. Se repudieron los escritores españoles. En el fondo de nuestras provincias, los poetas soñaron en amores exóticos. Algunos rimaron lances supuestos en los palacios de Venecia. Otros, elogiaron a las vírgenes chinas y en sus fantasías superaron a las del embustero Marco Polo. Antes de describir la languidez de los hombres del trópico, hablaron de alucinaciones propias del Señor del Phocas. La literatura importada de París fue una droga comparable sólo a la *canabis ínaica americana*, a la cual pareció aficionarse mucho el extrafalarío y magnífico don Ramón del Valle Inclán.

La mayor parte de las neurosis surgen del choque entre la ilusión y lo positivo. A los enfermos les falta discernimiento para fijar ambos campos. Sabido es que quien sólo se mueve en el mundo de las divagaciones, corre el riesgo de ver princesas cándidas en las mozas de mulas. También imaginan contemplar perlas finas entre los dedos amados, cuando sus Maritorres desgranar mazorcas de maíz. Debido a tal ofuscación, nunca pueden ver las arenillas del oro en el

fondo de los estanques, para valernos de una imagen límpida de Payot. Probado es al par, que la vida falsa de los libros seca el cerebro de quienes pasan los días de turbio en turbio.

Valoricé en Guatemala un raro caso de bovarismo auténtico. Un literato de alma delicada y entendimiento ágil dispuso crearse un mundo artificial. Para ello, encerróse en una casa de los alrededores, rodeándose de libros raros, de cuadros extravagantes y de bibelots cursis. La llegada de sus amigos era anunciada por sirvientes con uniformes vistosos. En su retiro consumía licores finos de España y Francia. Su vivienda, en último término era sólo un reducto contra la realiad ambiente. Mas, tal existencia tuvo que derrumbarse por lo imprevisto presentado en forma de una demanda judicial y el correspondiente embargo.

En Nicaragua el bovarismo intelectual estuvo representado por un escritor de temperamento y amplios conocimientos. José T. Olivares. Tras un largo período de semi locura falleció este año (1942). A su alrededor, se movió al principio de su carrera un grupo de jóvenes mantenedores del culto al arte desinteresado. nunca confundieron la veneración a las musas con el lucro mezquino ni hicieron de su pluma cañas para pescar canongías. Con supremos esfuerzos sostuvieron revistas exclusivamente literarias, libres de contaminación política.

Olivares se inclinó a la escuela preciosista, la cual dio más importancia a la forma que al contenido. Estimó que el sensualismo estético era la suprema elegancia, tal como se pensó en Europa en 1910. Años después hubo un cambio de conceptos. Olivares permaneció rezagado. Fue un superviviente de lo que los franceses llamaron *avant guerre*, (1913) término que empleo por no encontrar otro más adecuado. Formaban el grupo de Olivares Antonio Barquero, Francisco Huezo, Ramón Sáenz Morales, Arcadio Chozza, Virgilio Zúñiga, Roberto Barrios, Juan Ramón Avilés, Andrés Largaespada, Antonio Medrano, Gabry Rivas, Juan de Dios Vanegas, Luis Avilés Ramírez, Lino Argüello, Octavio Rivas Ortiz, Carlos A. Bravo, Roberto Barrios, Manuel Maldonado, Hernán Robleto, Francisco Guerrero y Jorge Obando Ruiz. Pocos triunfaron en el profesionalismo y en la política. Los más fueron devorados por la miseria, el alcohol y la siniestra bohemía centroamericana.

Olivares fluctuó entre dos aguas: el romanticismo y la escuela moderna. Como prueba de su devoción al romanticismo, del cual nunca pudo evadirse, inserto un párrafo de uno de sus artículos en el cual rinde culto a tres poetas de aquella escuela.

Tres grandes fristezas afines descuellan en el romanticismo: la tristeza burlesca de Enrique Heine, emocionante y macabra como una calavera; la tristeza parisiense de Alfredo de Musset, fina en el desconsuelo, apacible como el declive de un valle y suave como las frentes pálidas de las grisetas; y la tristeza de Gustavo Adolfo Becquer llena de luna de enero, de ruiñones, naranjales, y de guitarras andaluzas.

El culto a lo exótico se manifestó en Olivares en el helenismo impuesto en aquella época por Paul de Saint Victor. Sabido es que *Las Dos Carátulas* del escritor francés, sirvieron de base a la formación literaria de muchos poetas y oradores. Todos suspiraban por la Hélade. Todos querían llegar al Monte Sacro, acercarse a los jardines de Venus, soñar bajo la luna de Atenas y tocar a dos carrillos la siringa tan vulgarizada.

Véase como el poeta helenizaba hiperbólicamente.

Como Byron espero la hora en que las brisas marinas—conduzcan al Pireo mi barco americano—por recitarle a Atenas orgullosa de ruinas—procedente de Atlántida mi corazón océano—Desde el mar salaminico, ensangrentado de persas—brotan mis recuerdos, como históricos loíos—y atisbaré de Pan las armonías dispersas—recogiéndolo anémonas entre mármoles rotos.

El término de neurosis estaba de moda en esos días (1900). La exaltaban los románticos rezagados. Escribía el poeta Manuel Maldonado en versos altisonantes.

Hay neurosis que vienen de los golpes soberbios—que algunos cráneos sufren si están pobres los nervios—cargados de tormentas o de electricidades—que son las que provocan las grandes tempestades—Ah las neurastenias, audaces concepciones—de la mente humana son ciclones—son bruscas sacudidas que perturban la calma—produciendo desgarros y gritas en el alma—y en medio del estruendo, el estrago y el lloro—el relámpago traza su rúbrica de oro.

Como remedio inconsciente para salvarse de la neurastenia producida por lo exótico, los poetas algunas veces ensayaban motivos vernáculos. Olivares describió cuadros tropicales. En esa forma el resabio de la literatura extranjera y la vaga tendencia a lo regional, se mezclaban como se bajaban los conceptos contradictorios en la cabeza de los alienados. También el poeta dejaba ver la influencia de los libros Vedas en un misticismo budista. Extraña confusión. Un motivo de vernaculismo injertado con lo exótico.

Olor matinal a tierra—en navidad de re-pollos—azul abstracto en la sierra—y una fiesta de cogollos—Las selvas en las neblinas—de amaneceres eslavos—dan la visión argentina—de parques escandinavos.

Olivares, a pesar de su afán de extranjerismo, nunca viajó. Si mucho concurrió a algún congreso de estudiantes centroamericanos. Tal vez las obligaciones familiares y la falta de espíritu de aventuras, lo ataron a Managua, población que en 1910 tenía menor importancia que León, en donde funcionaba una de las universidades más ilustres de América. La vida literaria se circunscribía a los cenáculos y a las veladas tediosas y grises. Como en la aldea de *Madame Bovary* la monotonía daba un sello aplastante a la capital transformada después del terremoto de 1931. Testimonio personal de lo que era la ciudad.

en los buenos días de Managua es la reseña del periodista Juan García Castillo

Managua antes del terremoto era una población de cerca de sesenta mil habitantes, y las operaciones comerciales y vida social se desarrollaban lentamente. En los sectores importantes—aun en los del centro,—había numerosos sitios en abandono, sin viviendas. Los moradores gustaban—como en la Managua actual—reunirse en tertulias frente a las puertas de las casas, sentados en mecedoras. Las horas predilectas eran las de la entrada de la noche. El cine era la única diversión. Festividades religiosas en las avenidas y atrios de los templos atraían a las personas de todas las clases sociales. En las calles se levantaban densas nubes de polvo que hacían irrespirable el aire y atormentaban a los transeúntes. Las viviendas de un piso en su mayoría

Olivares nunca tuvo el placer de recrearse en los países distantes que lo hipnotizaron. Tampoco pudo embriagarse con los licores finos de Europa. Le quedó el consuelo de anestesiarse con el alcohol barato a grandes dosis. Tal fue el instrumento de su lamentable suicidio, negado como el de *Madame Bovary*. Cerró los ojos a la vida en medio de la indiferencia social, de sus antiguos amigos y compañeros de arte.

La neurosis en los caudillos, los políticos y los poetas —El caso típico de Silva —Paralelismo entre el poeta colombiano y Rafael Angel Troyo.—Pretendidos propósitos de fundar una nueva religión.—El estetismo del escritor costarricense.—Su trágica muerte en el terremoto de Cartago —Ajenjo y narcóticos.

En América, las formas más frecuentes de las alteraciones mentales son las de los caudillos políticos y poetas. Las dos primeras las analizó a la luz de la ciencia, el eminente médico argentino doctor Ramos Mejía. Tiene dos admirables estudios: uno versa sobre la melancolía de Rosas y otro sobre el doctor Francia. Expuso también cómo la neurosis se apodera de los hombres notables de un pueblo cuando éste sufre con la opresión de la autocracia en donde se impone una única voluntad sobre las leyes. Componentes de una generación encontraron en el suicidio el remedio de sus males. Al par que el científico presentó el cuadro clínico correspondiente, citó los nombres de médicos, abogados y militares víctimas de las tiranías personales. La persecución y el espionaje les determinaron alteraciones nerviosas, obligándolos a dispararse el tiro en la sien o envenenarse. Quienes se suicidaron en la Argentina o el Paraguay no obedecieron exclusivamente a las taras de la herencia ni a las angustias económicas, sino sufrieron el compejo de la hostilización dictatorial. Tampoco se quitaron la vida atormentados por la influencia de "los vientos del norte". El médico argentino al estudiar esas neurosis apreció al mismo tiempo que los estados mentales, las alteraciones de la digestión de sus biografiados y los insomnios frecuentes de éstos. Francia experimentaba extraña sensación de alegría cuando contemplaba desfilar, frente a su vivienda, los carros llenos con las

cabezas de sus enemigos. Las ejecuciones en masa debían de efectuarse, para calmar sus nervios, a los acordes de la música de su predilección "el cielito federal".

Aguzó su ingenio el psiquiatra, al analizar especialmente la melancolía del tirano paraguayo. A ratos —dice— su ascetismo melancólico tenía el carácter de una simple hipocondría presentándose en él, después, períodos de tristeza profunda. Era la sucesión de estados contradictorios. Tras el retraimiento exagerado, concedía audiencia a quienes la solicitaban. Se presentaba confiado. Llegaba a mostiarse generoso con algunos antiguos condiscípulos pobres a quienes hacía regalos. Mas pasados esos períodos de expansión semi-humana, renacían en él los instintos bárbaros. Le era imposible conciliar el sueño. Tornaba a su retraimiento, sin atender los negocios del Estado ni menos oír las solicitudes y quejas de los particulares. Transformábase en el tirano sombrío y enigmático. Seguidamente, el doctor Ramos Mejía, con expresivo graficismo al referirse a los insomnios del sátiapa afirmaba: "Una noche de insomnio costaba al Paraguay más que veinte conspiraciones". Los dictadores al faltarles tales escapes seguramente hubieran manifestado un completo estado de locura sacudiéndolos la racha de la epilepsia.

Si un sabio en América logró realizar el análisis de la locura en esos sombríos césares, es de sentirse la ausencia de quien enfoque científicamente la locura pasiva o la neurosis de los poetas. Caso típico fue el del colombiano José Asunción Silva, calificado por la crítica corriente como "el último de los románticos y el primer precursor de los modernistas". En lo que atañe a los modernistas la afirmación es discutible dado el hecho de no aportar Silva ninguna reforma fundamental en la lírica, a pesar de lo dicho por los panegiristas de su célebre *Nocturno*, composición ultrarromántica. El caso de Silva me servirá —fuera de estas consideraciones— para examinar el de Rafael Angel Troyo, en Costa Rica.

En Silva la neurosis en vez de tomar los caracteres fijados en los dictadores, se reveló en la altísima forma del arte. Nicolás Bayona Posada buscó, afanosamente, el origen de tal enfermedad anímica. Sin duda, su esfuerzo es el más completo en tal sentido, aunque corta la extensión de su trabajo. Primeramente, estudió el medio, la sociedad con la cual convivió el poeta, y luego, las condiciones económicas de la familia Silva. También analizó el factor educativo. Todos son elementos valorizados por Zola, dentro del sistema del naturalismo experimental aplicado a la novela y a la vida.

En la sociedad gazmoña colombiana, colonial y católica, el tío abuelo de Silva —don Antonio María,— fué reputado como demente peligroso. Sus costumbres chocaban, con las de la mayor parte de sus compatriotas. Era extravagante. Complaciase en lo exótico y gustaba retirarse durante largas temporadas a su hacienda. Huía del trato de sus familiares y amigos. El abuelo paterno del poeta fue más raro aún. Su conducta pugnaba con los hábitos de la época. Se inclinaba a los refinamientos, tendencia que

se transmitió al lírico. Aseguró Bayona Posada que "era apasionado ferviente de la muerte, amigo como el que más de las bellas mujeres, buen músico y jugador en ocasiones". Provocaba las riñas, y en las haciendas se le tuvo como amenaza, dada su agresividad. El padre de José Asunción, don Ricardo, tenía caprichos desconcertantes y presentaba los caracteres de un inadaptado. A pesar de ser Bogotá una ciudad antañona montó un almacén de artículos de lujo. Llegaban a su casa las últimas novedades bibliográficas. Ninguno de los sistemas filosóficos fundamentales le fueron desconocidos. Era en el medio lo que hoy, sin sentido claro, se llama "un hombre moderno".

El tipo de Silva resultaba absurdo en América. Trató de imitar a los magníficos estetas de Europa. Oscar Wilde, con su ingenio y dinero impuso el refinamiento en la vida y en el arte, siendo objeto de imitaciones. Despreció, el inglés, la escuela naturalista el artificio valía más que la realidad brutal y deforme. Bien conocidas son sus páginas sobre la obra sólida de Zola. En éstas no encontró nada digno de elogio, estimándolas faltas de interés. La reacción contra el zolismo hizo que muchos prefirieran las flores de trapo, a las rosas naturales y fragantes. Llevar una orquídea de papel en la solapa era señal de exquisita distinción. Las señoritas trataron de imitar a las heroínas de las novelas, y hasta los cielos de Londres, conforme esa estética, imitaban el colorido de los lienzos de enfermos pintores. Silva participaba de esas teorías.

El poeta, tal la afirmación de quienes lo conocieron, trató de sobresalir por su dandismo. En las noches de teatro, desde su asiento de platea, presentábase como esteta londinense, pálido y displicente. Ante la curiosidad burguesa, enfocaba los gemelos de marfil al palco de su hermana, encantadora niña, tipo de selección y de espiritualidad. Fue, así señalado, como víctima de un amor inconfesable, especie ésta afirmada por su indiferencia para otras mujeres distintas de su hermana. *El Nocturno*, a juicio de los exégetas, de todo color y altura, alude al amor contrariado por el tabú, amor sólo aceptable en la región de las sombras y las almas.

Fue Silva producto extravagante de su padre, medio excéntrico y de su madre, honorable dama ceñida a las severas costumbres de Antioquia. Afianzó su extravagancia en el viaje realizado a París para traer artículos de lujo destinados al almacén de don Ricardo. En vez de regresar con la mercancía, tornó con las maletas llenas de libros. La neurosis principió a tomar cuerpo en él agravándose, después de un naufragio, en donde el poeta perdió parte de su material literario, el que jamás pudo reconstruir. Culminó la crisis nerviosa con su suicidio espectacular. Cabe afirmar que Silva se vio en un medio distinto al que lo condujeron sus lecturas. En lugar de rodearse de finos artistas, se obligó a recluirse en el interior de una de sus haciendas. Allí trabajó como contable, hasta fracasar en tales faenas prosaicas. Los conocimientos literarios le impedían aclimatarse espiritualmente. El choque entre el idel y la realidad se hizo en él más violento.

Dispuso Silva para trabajar, de sólidos recursos económicos. Fue halagado en la población en donde residía. Lo protegió la Fortuna, otorgándole todos los goces sin represiones fatales, a menos que no haya sufrido una *censura* erótica profunda. Tampoco la política determinó la expansión de la neurosis en su delicado cerebro. Fue apolítico, **contrariando la costumbre** seguida por muchos poetas colombianos. Guillermo Valencia, portalira de elevados quilates, llegó hasta a ser candidato viable a la Presidencia de la República.

Fue también el poeta, agudo romántico a pesar de pertenecer a los finisiculares. Varias de sus composiciones recuerdan las rimas de Heine, con marcada intención sarcástica. En algunas hay resabios de Gustavo Adolfo Bécquer —y por qué no decirlo?— del ripioso don Ramón de Campoamor. Esto último debe anotarse en la composición *Cápsulas*. He aquí la reseña. Juan Ramón, tras los éxtasis de amor con Aniceta, y agobiado por el sufrimiento fisiológico, busca la curación en las cápsulas de copaiba y de sándalo. Luego enamorado de la histérica Luisa —una rubia muy sentimental y minada por la tuberculosis— logra escapar de la muerte ingiriendo bromuros y cápsulas de éter de Clertán. Desencantado, ante tales estragos, se interna en los vericuetos de la filosofía, logrando, no la curación accidental de las cápsulas de copaiba y Clertán, sino la definitiva, mediante las cápsulas de plomo de un fusil. Una de las parábolas de Silva recuerda en la factura las de Wilde, el más grande de los maestros del género. Jesús al borde del sepulcro llama a gritos a Lázaro, y éste, envuelto en sudario, tras de respirar ruidosamente y tener conciencia de su resurrección, llora en medio de las tumbas. Cuatro lunas más tarde Lázaro solloza a solas y envidia a los muertos. En todo Silva invocó como signo supremo de felicidad el "no ser". También renunció a la lucha estéril conforme las doctrinas orientales del faquir capaz de pasarse años en una actitud hierática.

A los poetas centroamericanos de 1900 no les fue posible copiar el estilo de vida del atormentado colombiano. Hubieran necesitado su dinero y sus hábitos europeos. Los líricos del istmo tenían a la Pobreza como única protectora. Al no estar apegados al modesto empleo burocrático vegetaban en las redacciones de los periódicos. Los más afortunados conseguían un consulado expuesto a perderlo conforme los vaivenes de la política. Las angustias del pago de casa se mezclaban con las inquietudes mentales. Les era imposible estar al tanto de los últimos sucesos bibliográficos del extranjero. Vivían de vagas referencias acerca de la literatura y demás sucesos artísticos del mundo, y para saciar la sed de conocimientos, recurrían al hurto de libros pertenecientes a los pocos amigos acomodados.

Estimado el caso de Silva, entro al del costarricense Rafael Angel Troyo (generación de 1900). Sus padres pudieron pagarle un viaje a París, realizado en la era del agudo "decadentismo" y de las extravagancias. Hubo cierta analogía entre las condiciones de vida del escritor costarricense y las de Silva, sin que el paralelismo pudiera extenderse al arte de ambos. Sil-

va fue un poeta discutido continentalmente. En cambio, Troyo fue un prosista sin grandes alientos y de producción escasa. Hubo en sus prosas afiligranadas visible influencia de Catulle Mendès.

Pertenecía la familia de Troyo a la *aristocracia del café*, formada en Centro América cuando ese producto era el renglón de mayor rendimiento. Los cafetaleros constituían una élite, como la de los azucareros en Cuba. En manos de tales agricultores estaba el mejorar el standard de vida y de introducir cambios en las costumbres al modificar los hábitos de la colonia. La mayor parte de los productores realizaron viajes rumbosos a Europa. San Francisco, California, fue otro centro de atracción de los capitalistas vernáculos. En honor a la verdad, la familia Troyo, antes que despilfarrar las utilidades en "la danza de los millones", estableció una magnífica casa comercial. Levantó un edificio de tres pisos de hierro y cemento armado, hecho que en tal ciclo representaba una enorme aventura en Centroamérica. La mayor parte de las casas de Cartago (residencia de los Troyo) era de barro y madera.

Si el padre de Troyo, don Juan Ramón Rosas Troyo, llegó a ser uno de los hombres más trabajadores y prósperos de su país, Rafael Angel representó el reverso de la medalla. El esfuerzo y la lucha eran las armas del primero y la imaginación y la indolencia las aliadas del segundo. Don Juan Ramón realizaba negocios lucrativos, y el vástago dilapidaba el dinero a manos llenas. Nunca el literato fue colaborador efectivo de la firma Troyo ni siquiera actuó de contable como el colombiano. Los narcóticos parecieron haberle embotado la voluntad, lo mismo que a su hermano Miguel iniciado también en la lírica. Hubo alguna similitud entre el carácter del padre de Silva y el de Troyo. Los dos gustaron de las buenas lecturas literarias y filosóficas. Don Juan Ramón emprendía con empeño estudios de arqueología, interesándole los ídolos de piedra y los artefactos de barro precolombinos. Tales actividades eran vistas con desdén por sus hijos, seducidos por el preciosismo. A las piedras mayas, preferían los bibelots, las tanagras y las japerías. Sobre la tumba del viejo Troyo alguien cinceló una frase romántica. Dice así: "Venció a la Fortuna con su labor, pero no pudo vencer a la muerte".

Rafael Angel Troyo, de la burguesía centroamericana sin pergamino alguno, blasonaba de elegante aristócrata, rodeándose de cojines exóticos, de buenos muebles y de encajes. En su tocador no faltaban los valiosos perfumes. El ajeno, de moda entre los literatos verlenianos, era su bebida favorita. Como se consideró a Silva, platónicamente incestuoso, a Troyo se le vio como infatigable consumidor de alcaloides. Sus fantasías a juicio de muchos, se originaban de la superexcitación del cerebro avivado por el absintio o por el cáñamo indio. Más de uno le atribuyó el propósito de fundar un enigmático rito religioso, suposición absurda dado el catolicismo ferviente de los Troyo, sentimiento arraigado en el poeta.

La fatalidad le quitó la vida y evitó que sus facultades mentales se alteraran totalmente, como sucedió con su hermano Miguel. Impulsado por su reli-

giosidad y pasión hacia la buena música, la noche del 4 de mayo de 1910, acercóse al portalón de la Iglesia de San Nicolás, en Cartago. Cuando escuchaba una melodía inefable, las torres de la iglesia abatidas por el terremoto que destruyó la ciudad, se desplomaron sobre él. Personas piadosas, tras grandes esfuerzos, lo sacaron moribundo de entre los escombros para atenderlo en un parque. Ahí, lo rodearon, no damas exóticas como las de las novelas leídas, sino humildes mujeres. Estas cerraron sus párpados piadosamente, y de rodillas, pidieron al cielo por la salvación del alma del escritor empeñado en huir, mientras vivió, del contacto con el pueblo.

Rubén Darío en el periodismo centroamericano.—Sus luchas por la unidad de las cinco repúblicas —Ambiente literario: románticos y clásicos.—Avatares de Arturo Abroggi.—Anfluencia rubendariana en la poesía y en la prosa —La revista Ariel, de Froilán Turcios.

En estos rápidos apuntes creo del caso exponer cómo influyó Rubén Darío en algunos círculos intelectuales, antes de que el formidable poeta se constituyera en revolucionario de la poesía. Me circunscribo sólo a los países del Istmo. La influencia del poeta en la literatura de España y Sur América está expuesta magistralmente por diversos críticos. Mi principal objeto es esbozar, además del ambiente literario, las transformaciones del medio artístico cuando el autor de Azul se alejó de nuestras repúblicas. Las composiciones de los literatos eran arcaicas, semi-clásicas, como pueden verse en los álbums de poesías pertenecientes a damas y señoritas de la sociedad elegante. Mientras más famoso era un poeta más se le solicitaba para loar a las dueñas de tan cromáticos libros. La manera de escribir versos en tales volúmenes fue similar a la usada en España al redactar madrigles sobre los banicos. Por fortuna tales hábitos van borrándose. Los modernistas recogieron parte de tal herencia.

En tanto que los biógrafos y comentadores de Darío se ocupan de la actuación del poeta en Chile y en España, pocos se han interesado en historiar sus actividades en San Salvador y Guatemala. Hay referencias sobre el particular en el libro *La Juventud de Rubén Darío* de Gustavo Alemán Bolaños. Este libro es valioso como orientación para seguir los pasos del literato en los últimos años del siglo XIX. Cuando Darío llegó a San Salvador, después de abandonar la casa familiar en Nicaragua, tenía apenas catorce años de edad. Su nombre, sin embargo, sonaba ya en los círculos oficiales y en las redacciones de los periódicos. Muchas de sus composiciones escritas en León o Managua, eran admiradas. Hasta los académicos intransigentes acordaban en que en Centro América no había surgido con anterioridad un prodigio lírico como el del precoz joven lleno de ensueños y melodiosas rimas. El humorismo de muy buena ley era una de las características de los primeros versos de Darío. Hecho raro a pesar de ser adolescente, su maleta no se encontraba atiborrada de versos para la novia idealizada y angelical, según costumbre entre los románticos.

Estas exaltaciones se cancelaron de lleno con el triunfo del modernismo

Darío, en esa época estaba influenciado por las décimas de José Zorrilla. Prueba esta afirmación *La Cabeza del Rawí*. Aun faltaban en sus versos las lumbres de la poesía francesa con las orientaciones de los parnasianos y simbolistas. Hasta después de su permanencia en Chile, Darío se inclinó a la poesía de Verlaine. Rezó su responso lírico a la muerte del autor de *Sagesse*, responso que constituye una de las poesías más intensas y perfectas del idioma. Fue hasta su llegada a París que Darío principió a influir sensiblemente en la literatura de América. En los artículos que escribió en nuestro medio, no se anotó propósito alguno de innovar ni de dirigir a los jóvenes por nuevos rumbos.

En sus notas autobiográficas el gran poeta se olvidó de informar sobre el ambiente literario dentro del cual actuó en Centro América. Mencionó en volandas los nombres de algunos literatos o periodistas. Todos fueron elogiados con extrema bondad. Para nadie tuvo una frase hiriente ni reproche. Tampoco analizó el concepto que el arte merecía a los escritores de nuestros países. Se preocupó más de los gobernantes, de los políticos y hasta de los Generales. Habló en extenso de los hermanos Ezeta, de El Salvador, y del General José María Reina Barrios, de Guatemala. Una persona que desconociera la mentalidad de Darío y la orientación de su vida, leyendo sus páginas autobiográficas, pudiera pensar que la política le fascinaba más que la literatura. Como los grandes poetas del Imperio Romano, tuvo frases benévolas para los Césares criollos sin por ello convertirse en adulador. Fue digno, noble, y austero en los elogios. La gratitud movió su pluma, y nunca la vileza. Al referirse a la administración del Presidente Zaldívar de El Salvador, expresó

Gobernaba este país (El Salvador) el doctor Rafael Zaldívar, hombre culto, hábil, tiránico para unos, bienhecho para otros, y quien habiendo sido mi benefactor y no siendo yo juez de historia no debo sino alabanzas y agradecimiento.

Al referirse a uno de los Presidentes de Nicaragua, lo definió con epítetos insustituibles.

Era Presidente de la República el General Joaquín Zavala, granadino, conservador, gentil hombre, excelente sujeto para el gobierno y de seguros prestigios.

No explicó Darío cómo después de su primera llegada a El Salvador, pudo salvarse de terribles persecuciones. Únicamente al comentar un incidente penoso apuntó

Mi escrito causó gran impresión y supe después que Carlos Ezeta, así como su hermano Antonio, aseguraban que si alguna vez caían en sus manos no saldría libre de ellas.

A pesar de todo, Ezeta lamentándose explicaba a sus amigos: "Yo hubiera hecho rico a Darío si no comete el disparate de ponerse en mi contra". Por otra parte, el poeta, antes que a la reforma del idioma

se dedicó a la propaganda de la unidad política de Centro América. En tal labor nunca hubiera cabido el parnasianismo. Fundó un diario y esposable que haya contado con el apoyo del gobierno. Se agitaba la idea de reconstruir la antigua Federación. Fracasada la tentativa bélica del General Justo Rufino Barrios en pro de la citada unión, crecía la inquietud política hacia ese objetivo. Jugaban los poetas importantes papel. Hasta bardos románticos enemigos del General Barrios, como Ismael Cerna, exaltaban la causa. Conviene apuntar al margen de esta disquisición, que en varias repúblicas istmicas la unión tiene dos modalidades: una cuando el gobierno emprende la iniciativa y la otra cuando el pueblo, cansado de los minúsculos Estados, busca la nacionalidad más grande, más libre y más próspera.

Darío, como joven lleno de ensueños, pregonó la grandeza posible centroamericana, sin conducirse como demagogo. Carecía de espíritu de líder y de dotes oratorias. Había en él algo de aversión hacia las multitudes. Sin embargo, sus composiciones civiles y sus brindis, en pro de la unidad política, tuvieron más fuerza y efectividad que muchos discursos sobre cuyas cláusulas cayó el velo del olvido.

Fundó en Guatemala un diario *El Correo de la Tarde*. Debe de anotarse que entonces no surgió alrededor del poeta una generación de literatos animosos. El se esforzó en hacer una publicación movida, llena de atractivos. Anotóse que al separarse el poeta de tal labor, el diarismo guatemalteco volvió a su antiguo sopor apegado a técnica semi-colonial. En los campos literarios se ignoraban los nombres de los llamados precursores. Faltaba visibilidad, para usar el término de aviación. El país vivía dentro de una muralla china. En José Martí, los guatemaltecos sólo habían contemplado a un político y a un patriota, pero nunca a un abanderado de las nuevas escuelas. El empuje renovador del ilustre cubano fue visto sólo por el poeta Domingo Estrada, quien murió en Europa esforzado en asimilarse a los poetas franceses de la decadencia. Estimo que cuando se mencionen los nombres de los precursores en arte, debe recordarse a Estrada. Escribió al par un opúsculo sobre el gran cubano autor de "*La Niña de Guatemala*". Pero Enríquez Ureño lo sitúa como uno de los innovadores del verso y apunta su audacia en ese sentido, al márgen de la traducción de un canto de Poe. Introdujo al castellano la polimetría. Cuando ya en Centro América se insinuaba el modernismo fulgurante, moría en París atacado de neurosis.

El más poderoso intelectual radicado en Guatemala era don Valero Pujol, originario de España. Darío fue su excelente amigo y lo recordó en su autobiografía. Don Valero era hombre de sensibilidad y de vastos conocimientos. Desde la cátedra universitaria, divulgaba las ideas del liberalismo español. Estuvo llamado a tener en Europa figuración política, habiéndole el destino torcido su carrera. Apenas egresado de una de las ilustres universidades ibéricas, intervino en el movimiento político al lado de Castelar y de Pi Margall. Fue polemista recio, y expositor de doctrinas jurídicas y sociales. Al triunfar la Repúbli-

ca sobre los Borbones —dice el historiador Federico Hernández de León— tuvo puestos de importancia en el nuevo régimen secretario de la Gobernación en Sigüenza y Gobernador de Huesca. Fracasada la República de su amor y de sus sueños, pasó a América a servir la cátedra de historia de la Facultad de Leyes de Guatemala. Intervino en la política y en la redacción de los códigos en colaboración con prominentes juristas, como don Lorenzo Montúfar. Editó libros. La España republicana aun no ha sacado de las sombras la figura de este varón austero que América absorbió. Darío dijo de él en justo elogio

Pujol, que si ha demostrado pensar profundamente escribiendo con fecundidad maravillosa obras hermosas, también tiene en su alma fuego de artista y nobles entusiasmos

Don Valero Pujol, en medio del escepticismo que privaba sobre la potencialidad lírica de Darío, apuntaba "que a las musas que tanto lo quieren pídale que por excepción me inspiren un método para hacer mi prosa ideal". Preconizaba nuevos laureles para el admirable poeta que años después sorprendería a España y a América.

En el campo de la lírica centroamericana imperaba el poeta cubano José Joaquín Palma. Había llegado al istmo tras los movimientos abortados de la independencia isleña. Durante las duras y gloriosas jornadas de la manigua fue el cantor sincero y armonioso de las libertades. En las horas del vivac recitaba versos encendidos de patriotismo y enardecía así a las tropas mal vestidas, hambrientas y fatigadas. Cumplió una función social a lo cual aspiran inútilmente poetas que buscan para sobresalir, el comunismo aunque tengan el alma de insensibles burgueses. El escritor Manuel de la Cruz —su paisano— anotó que en el cantor bayamés se realizaba el caso atávico de un trovero. Algunos rasgos de la vestimenta de Palma eran a la antigua usanza. El sombrero de grandes alas, le daba el ire de uno de los soldados españoles en Flandes. Aseguró su biógrafo que en *Las Tinieblas del Alma* se percibía el curioso fenómeno de que en las "estrofas termina el poeta y principia el músico". La melancolía se mezclaba con las imprecaciones patrióticas. Toda su obra es una elegía, concluyó diciendo el ensayista cubano.

Me tocó conocer a Palma veinticinco años después de su encuentro con Darío, en Guatemala. Continuaba Palma siendo el poeta arcaico. Parecía que su voluntad era impermeable a las corrientes estéticas de Europa. Mostraba algunos hábitos de cantor de Provenza: melena grande y bien cuidada. A veces hacía pensar en los bohemios de Murger, sin por ello descuidar la indumentaria ni ingénita elegancia. Fue en la población tropical de Escuintla en donde admiré por primera vez a ese aeda. El paisaje lleno de palmeras, le recordaba algunos de los rincones de su isla amada. Se acercaron a saludarlo varios literatos, de temporada en esa zona. Palma con gran facilidad y voz sonora, improvisó admirable décimas. Declamaba con el tono de un profeta y de un místico. Recalcando tales características Darío habló de él en algu-

nos de sus libros. Lo mencionó en *Los Raros* al elogiar a Martí y lo evocó al recordar la escena en que un bárbaro general Sánchez iba a bombardear Guatemala a media noche desde un fuerte, con el único propósito de dar un espectáculo a sus poetas amigos. Darío en *Los Raros* aseveró

Aquel destierro dura para algunos que no han dejado sus huesos en patria ajena o no han vuelto ahora a la manigua. José Joaquín Palma que salió a la edad de Lohengrin, con una barba rubia como la de él, y gallardo como sobre el cisne de su poesía, después de arrullar sus décimas a "La Estrella Solitaria", de república en república, vio nevar su barba, siempre con ansias de volver a su Bayamo de donde salió al campo a pelear, después de quemar su casa.

Palma nunca hizo bohemia estafalaria. Tampoco se aficionó a las bebidas embriagantes, aunque el uso immoderado del aguardiente era obligatorio para los poetas del trópico. Los modernistas como oían que Verlaine era dipsómano, por su parte agotaban los "nepentes". El novelista Enrique Martínez Sobral en su novela *Alcohol*, inspirada en una obra de Zola pretendió presentar la silueta de un poeta moderno en las fronteras del *delirium tremens*. En pequeño, se realizaba en nuestro medio la lucha difamatoria entre naturalistas y simbolistas de París. Los citados en primer término atribuían a los otros la tendencia a odiar la naturaleza para refugiarse en los artificios. Pregonaban que sus contendores estaban atacados de neurosis, sin estimar que las enfermedades mentales también desequilibraron a grandes escritores de la escuela de Medan. Flaubert fue presa de terribles obsesiones. Es conocido el caso de Maupassant víctima de *El Caballero Orla*. Octavio Mirbeau, durante sus ataques de epilepsia se arrojaba en los establos bajo la pata de los caballos. En estos literatos así, el alcohol no influía, sí el exceso sexual, la sífilis hereditaria o la adquirida. Faltaba la tabla de salvación de doctor Ehrlich con el milagro del 606.

Al publicarse en Guatemala la segunda edición de *Azul* los escritores nunca pensaron en el enorme influjo que esa obra literaria tendría sobre la literatura de España y América. Algunos imaginaron que era sólo un libro de magníficas descripciones, de leyendas griegas, de temas franceses y orientales. En poesía se imitaba a Quintana y a Espronceda. Entonces a juicio de muchos, para ser un buen escritor precisaba ajustar los versos al ritmo de determinadas sílabas. Las fuentes únicas de inspiración eran los capítulos de la retórica del salvadoreño Francisco Castañeda. En honor a la verdad, debe afirmarse que los románticos rompieron la monotonía de la literatura rígida. Sus exclamaciones patrióticas tuvieron importante rol en ese sentido. A su vez, los naturalistas, pregonaban que no sólo era necesario tener la técnica del idioma, sino conocer ciencias, bellas artes y costumbres: un literato debía de ser versado en estado embrionario. También precisaba estar en contacto directo con los hombres, separándose del mundo ficticio de las lecturas.

En el modernismo inicial descolló Arturo Ambrogi, de El Salvador. En su libro *Crónicas Marchitas*, al recordar los primeros artículos de su iniciación literaria dijo con sencillez expresiva

Nuestro rubendarismo era de esas pasiones que se arraigan y las cuales se nos antojaba pensar que por siempre íbamos a llevar en el alma

Los viajes y la experiencia le hicieron escribir en diversa forma que en 1910. En la vida ni en el arte nada hay inmutable, como enseña el elegante Heráclito. En el libro de adolescencia de Ambrogi *Cuentos y Fantasías*, privan las narraciones extrañas e irreales, buscó en ellas la melodía de las frases y la perfección del estilo. Al más artístico de sus cuentos lo designó con el título de *Madame Pon Pon* con reminiscencias de las bellas páginas de *La Emperatriz de la China* rubeniana. Rodeó a la protagonista de elementos raros, de pieles de la India, de alfombras de Persia y de preciosos bibelots de Tokio. Ella —en el relato— adora los paisajes amarillos, las regiones de un imperio celeste en donde por un capricho de la suerte va a internarse huyendo del tedio matrimonial y del esposo, un inglés hidrópico. Al lado de tal bagatela preciosista, está *La Canción de Mayo* se abren las lilas y pasa la Diosa Primavera coronada de frescas rosas con su vara de nardos entre sus finísimos dedos. Discutió Ambrogi, cómo se hizo costumbre entre los artificios de la prosa, la existencia de las driadas y de las ninfas. Son figuras centrales de algunas de sus leyendas Pierrot y Arlequín. Hizo intervenir en los relatos al misterioso Puck, el multiforme geniecillo de Shakespeare entra el diminuto personaje a la alcoba del escritor llevándole la maledicencia de la calle para luego abandonar la estancia y dejar una ráfaga de perfume silvestre.

Hasta años más tarde Ambrogi hizo un cambio en su literatura. La modificación se efectuó tras de sus viajes por Tokio, Yokohama, Kioto y algunas prósperas ciudades suramericanas. Rechazó las novelas parisienses de complicada psicología. No se interesó más en las figullinas de porcelana, en los crisantemos ni en las japonesas de ojos negros. Para heroínas de sus relatos escogió a las mozas prietas del trópico. Al apasionarse por el tipo de la novela americana escribió *El Jetón*. Si variaron los temas, también alteró el lenguaje de los protagonistas. Las frases ásperas sustituyeron a las dulces de las chinerías y así antepuso el barbarismo a las expresiones melosas y cursilonas. Trató de realizar un acto fuerte, sin contaminaciones europeas, lográndolo en gran parte. Su ambición última fue convertirse en un novelista del trópico, sin facultades para ello. Para ser novelista completo de la escuela de Medan, le faltó tomar en cuenta los factores de la educación, de la herencia y del medio. En cambio, en las descripciones de la naturaleza se mantuvo veraz aunque rindió tributo al destallismo casi hasta llegar a la fotografía.

Al refugiarse en la literatura americana, Ambrogi se defendió inconscientemente de la neurosis. El remedio fue compenetrarse con su clima natural. De no haber procedido en tal forma, se hubiera entablado

en él una lucha entre la fantasía y la realidad, tal como acaeció a José T. Olivares. A pesar de todo sufrió aguda crisis de neurastenia. De sujeto comunicativo y jovial, se convirtió en misántropo. Protestaba enérgicamente contra el arte mediocre, los impostores de la política y los pseudo literatos. Me tocó presenciar el último acto de su tragedia personal. El, exquisito temperamento, y artista estimable, en los últimos días de su vida, ya anciano se vio obligado a ganarse el pan diario redactando notas de sociedad en un diario local. El, que en vida repudió la burguesía y las vanidades humanas.

En tanto que en El Salvador, Ambrogi descollaba por defender la nueva escuela literaria, en Honduras, Froilán Turcios hacía lo propio. Turcios fue en Centroamérica el escritor más cosmopolita sin que hubiese viajado por Europa ni el extremo oriente, como el escritor salvadoreño. En su revista dio a conocer a los poetas y prosistas más famosos de todos los tiempos y de todos los países. Daba la preferencia a los modernistas. Al lado de una página de un escritor italiano, transcribía la de un ruso, y junto a ésta las de un soñador árabe o la de un nebuloso noruego. *Ariel* fue el nombre simbólico de su publicación famosa en nuestros medios literarios. Tal nombre indica la influencia que ejercía en la literatura José Enrique Rodó, autor del libro amparado en el nombre del etéreo personaje de *La Tempestad*.

Turcios no lucró con su revista, sosteniéndola por más de cuarenta años. Alguna vez la editó en Guatemala, otra en Tegucigalpa y ahora la imprime en San José de Costa Rica. Los incidentes de la política y las dificultades económicas nunca le hicieron variar de ruta. *Ariel* ha salido triunfante en medio de mil contrariedades. unas veces apareció impresa con nitidez y lujo, y en más de una ocasión con un traje modesto. Turcios tampoco podría pensar en suprimir su revista. Sería para él como traicionar a numerosos literatos del mundo con los cuales mantiene relaciones espirituales sobre los mares y las montañas. Fue al par que divulgador de arte, escritor militante. Escribió algunas novelas. *El Fantasma Blanco* tiene por escenario la Antigua Guatemala y recuerda vagamente *Brujas la Muerta*, de Rodenbach. Siguiendo las huellas de Turcios aparecieron otras revistas. Entre ellas *Alma Joven* en Managua dirigida por Salvador Ruíz Morales y *Esfinge* en Guatemala de Andrés Vega Bolaños, secundado este escritor por el entonces estudiante de medicina doctor Julio Medal, de fino y sensible temperamento.

Enrique Gómez Carrillo, a quien citaré varias veces, relató lo difícil que era en la Guatemala de 1890, enterarse de la bibliografía de Europa. A pesar de ser su padre uno de los hombres más cultos de la ciudad capital y uno de los historiadores más sobresalientes del istmo, en su biblioteca sólo tenía los antiguos clásicos castellanos. Lo mismo se podía decir de los demás vecinos ilustrados. Se desconocían hasta las novelas de don Benito Pérez Galdós, llenas de colorido. Gómez Carrillo, para instruirse en la literatura contemporánea, huroneaba hacia el lugar donde pudiera estar cualquier libro novedoso. Leyó rápidamente las

pocas obras modernas que guardaba la librería de su tío, José Tible, bastante enterado del movimiento literario de París y de Madrid. Muy pocas personas poseían la obra de Paul Bourget, escritor de la burguesía elegante de Francia, sus complicadas psicologías encantaban a los snobs. Signo de buen tono era mantener en la mesa de la sala un volumen de *El Discípulo*. Mas ninguna persona correcta mostraba los cuentos de Maupassant, temeroso de ser considerado como enemigo de las buenas costumbres.

Relató Gómez Carrillo que tras grandes dificultades, encontró en una venta de libros un florilegio de poesías francesas, destinado al uso de las escuelas más que al de los literatos. Principiaba con una página de Marcelina Desbordes Valmore y concluía con una composición de Baudelaire. La pieza de este último no era de las que forman "*Flores del Mal*", poemas de lujuria y de pesimismo. Frente a tal situación ha de comprenderse, cómo los altos valores artísticos tenían que escoger entre dos caminos: emigrar, o suicidarse con una pistola o con el veneno salvaje del aguardiente de caña.

El periodismo al principio del siglo XX.—Pasquines y diarios políticos.—Aparición de la crónica. Entrevistas de antaño y ogaño.—Comparaciones hiperbólicas.—E. Gómez Carrillo.

El arte nuevo dentro de su racha de cultura francesa, influyó visiblemente en los periódicos. No sólo alteró la moda femenina y muchas actividades de la vida, sino que transformó los diarios arcaicos e indiferentes a los asuntos del extranjero. El soplo, de aire vivificante se coló en las redacciones, y animó a los diaristas: estos parecieron respirar el aire oxigenado. Empezaron a interesarse de temas que conmovían al universo.

La rigidez era norma del periodismo. Rigidez en las ideas y en la técnica. Parecía existir un modelo sobre el cual debían calcarse todos los diarios. Para nada se estudiaban los periódicos de Estados Unidos ni los de Francia, estos últimos tan elegantes y tan artísticos. Al par de la rigidez privaba la monotonía. Hoy el periodista sabe que la rutina es la enemiga mortal de los papeles públicos. A la puerta de un diario de México existe un letrero alusivo y pone a los redactores a la defensiva contra aquella Diosa cansada, de paso claudicante, aun en medio de los acontecimientos que reclaman la velocidad de Mercurio.

El periodismo renovado de principios de siglo, pidió nuevos colaboradores. La juventud enterada de los asuntos de Europa, se ocupó en artículos llamativos, de las obras de arte. El público los aceptó con benevolencia de la misma manera que aceptó todo el arte renovado. Debe anotarse que si habían cambiado las instituciones políticas en forma liberal, privaba la huella de la colonia en el arte. A la reforma de las leyes sucedió hasta muchos años después, la reforma de las letras. La modificación de las leyes sin la transformación de las nociones de la estética, hubiera producido fatal incongruencia.

Un diario a 1900 no exigía el personal numeroso de un cotidiano moderno. Dos personas eran indispensables: el director y el corrector de pruebas. Ellos se bastaban para cumplir sus funciones. Cualquier otro individuo hubiera sido supernumerario. Nunca pasó por la mente de los propietarios que en el diarismo se iban a imponer los comentaristas de sucesos exteriores, traductores de radios, críticos de arte, fotógrafos, dibujantes, redactores encargados del deporte, de los toros y hasta de las riñas de gallos. El diario era simplicista como la época y aletargado como la existencia provinciana. Bien pudo haberse registrado un suceso de enorme trascendencia nacional sin que se pensara en los "avances" o en las "extras" contemporáneas.

El director escribía "el artículo de fondo". Trataba de preferencia asuntos de política local partidaria. Otro de sus especialidades eran las notas necrológicas, en las cuales elogiaba la vida de los difuntos ilustres: ministros, prelados, guerreros sin batallas (expresión de Horacio Espinosa Altamirano) y literatos. La exageración era la nota culminante en tales panegíricos, vicio conservado por el periodismo de nuestros días. Cualquier personaje —en los diarios de 1900— era digno de figurar en las *Vidas Paralelas* de Plutarco. Cabe agregar que el colaborador del editorialista era el corrector de pruebas. En la jerga taurina se diría que representaba el rol del mozo de estoques. Su labor no se circunscribía a enmendar errores tipográficos o a la de hojear sistemáticamente el mugriento ejemplar del diccionario de la Lengua. Escribía las gacetas. También apuntaba la entrada y salida de los barcos y los cambios climatéricos. Era experto en las cotizaciones del café, del añil y de la cochinilla.

Nunca faltaba el folletín sentimental y truculento. Tal sistema daba a los editores estimables ganancias. El público reclamaba las novelas de Montepin, de Dumas, hijo y hasta de Paul Feval. Eugenio Sué, a pesar de sus novelas apasionadas era poco favorecido dado el ambiente religioso del medio. Modernamente, quedó eliminado el folletín por dos razones: primero por la baratura de las novelas, y segundo —si se cree a un escritor argentino,— por la influencia del cine. Este proporcionó escenas melodramáticas en tres o cuatro días, sin que el interesado en la trama esperara meses para llegar al punto cumbre de las aventuras. En 1910 el invento de Lumiere estaba en pañales. Se mostraba en las pantallas escenas de magia: el indostano que, al conjuro de su flauta, convertía una oruga en linda mujer con alas de mariposas.

El escritor mexicano señor Aguirre de Anda, en interesante estudio sobre el periodismo de su país, desde los primeros días de la colonia hasta estos, dice:

No contando con los medios que proporciona el periodismo industrial, el periodismo del pasado fue casi siempre burocrático, de hechos o de aspiraciones. Los editorialistas articulistas eran partidarios del político que sostenía moralmente la publicación, y los reporteros, infelices bohemios que por la satisfacción de elogiar o denigrar al sol que nacía, rendían jornadas de dos columnas, a peso columna publicada; su sueldo hipotético que en realidad

se reducía a la tercera o cuarta parte de lo ofrecido. Los colaboradores en este caso se multiplicaban y eran aficionados que tenían más de burócratas que de periodistas. Pero el vulgo no podía ser interiorizado en los fines y condiciones personales y atribuía todo al entusiasmo y la fe apostólica. De entonces data el error de que el periodismo es y debe ser un apostolado, cosa que ninguna persona seria puede sostener ahora, y quien pretenda sostenerlo es que trata de engañar a los demás.

Lo del apostolado se infiltró como artículo de fe en la mente de muchos de nuestros jóvenes. Estos abandonaron los estudios como el fraile de Campazas y fueron directamente al fracaso. Pero antes de continuar en la exposición de esta tesis pesimista transcribo otro de los párrafos del mencionado diarista aztecas.

El periodismo antiguo no fue apostolado, pero como no podía pagarse al periodista, el dueño del periódico ha de haber sido el primero en sostener la teoría en razón de su conveniencia. El público veía que la bohemia del periodismo vivía de milagro, asentó la mentira y la patraña perduró.

En 1900 sobresalían dos tipos de periódicos: uno era el de los diarios políticos calificados de serios, y el de los pasquines. Los primeros pertenecían a los núcleos liberales o conservadores. Prácticamente, debían de verse como derivaciones de los periódicos en los primeros días de la emancipación política. Los editoriales eran fogosos, como piezas oratorias. Unos para combatir a sus adversarios, se acogían a los argumentos de la escolástica y los demás a los principios de los enciclopedistas franceses, con dogmas religiosos y sociales. Quedaba la nota informativa reducido a tercero o cuarto término a menos que no tratara de asuntos de Estado. Entraba en esta denominación la noticia de un movimiento subversivo, la suspensión de las garantías constitucionales y decretos de amnistía recibidos con desconfianza. He hojeado colecciones de los diarios de la época: resalta en las primeras páginas y en primeras columnas. Tratábase de advertir al lector de la posición en que quedaba con respecto al gobierno.

Cuando el pasquín se imponía y multiplicaba, era en épocas eleccionarias. Todavía en 1910 quedaban tipos de ese género. Bajo el blanco de las sátiras y de las injurias, caían funcionarios, banqueros, burgueses y hasta damas. La vida privada no fue santuario. El pasquín vivía y prosperaba climatado en el medio. El ambiente de pantano de la provincia le era propicio. Algunos de sus redactores mostraban el sello de escritores atildados, y el ingenio surgía como linternazos en medio de los sótanos del periodismo. El epigrama, procaz y a lo Marcial alternaba con páginas de perwersas intenciones. Para burlar la ley los editores encontraban siempre subterfugios: deformaban nombres o recurrían a los cuentos *tártaros*. Mas a decir verdad, nuestras poblaciones sin esos pasquines hubieran sido pozas de aguas próximas a estancarse. Alegraban tales hojas, caricaturas con versos calcados en los sistemas de Aretino. Antes que imperara como divinidad poderosa la figura de un Hearst, se rendía homenaje a la inmortal y lamentable silueta de Pasquino.

Al periodismo virulento y a los pasquines, sustituyó más tarde el periodismo amarillo. Este sin freno se arrojó a la nota roja, estimulando el morbo de las masas. Reporteros simiescos trataban de imitar a los redactores de diarios norteamericanos, sofisticados por la pantalla. El amarillismo trajo entre otros aportes el de dar mayor importancia al informador o *repórter* y eclipsar el sistema de las injurias personales. Fue sustitución de venenos. Las caricaturas grotescas de los pasquines se reemplazaron con los retratos de los reales y supuestos delincuentes, así como por los parientes y amigos de estos. La moral continuó en bancarrota.

Antes de 1890 en el diarismo de Centro América se desconocía la crónica, al estilo francés. Cronista era el trabajador de un diario encargado de reseñar hechos delictuosos, accidentes de tráfico o las sesiones parlamentarias. Estaba aún lejos del cronista de la edad media y de quien narró las aventuras de la conquista de la Nueva España. Un *cronista* era ente descalificado, experto sí en el arte de la adulación al poderoso y la difamación a los caídos en desgracia. Aún en algunas poblaciones de Centro América subsiste esa aplicación del vocablo, sin que se afianze el término estadounidense de *repórter*, o el de informador madrileño. Al penetrar la nueva tendencia el cronista fue otra cosa. Para evitar confusiones se le designó con el galicismo de "croniquer". Los puristas lo calificaron de extravagante digno de figurar en *El Libro de los Snobs*, de Tackeray.

Al principio de este ensayo aludí a la influencia de los escritores mexicanos sobre los de Centro América. En la capital azteca cultivó la crónica ondulante y nueva, Manuel Gutiérrez Nájera. En nuestro ambiente la admiraban los escritores, saturados de parisianismo. Arturo Ambrogi escribía en 1894:

Una crónica de Gutiérrez Nájera, de años pasados, puede leerse ahora y siempre atraerá. Aunque esté ceñida al suceso del día, al mero hecho, tiene un no se qué que atrae y subyuga. Ha puesto en ella algo de su pasión de artista padre, a quien no le gusta que sus hijos vaguen desarraigados.

Tampoco se había iniciado el arte de la nueva *entrevista*. Hoy constituye un género digno de ser estudiado en los libros de preceptiva. La entrevista anterior al año de 1890 tenía preguntas y respuestas. El entrevistado parecía estar sometido a una indagatoria judicial. Prueba tal forma, la celebrada por un diario de Guatemala, con el Coronel Branon sobre la trágica muerte del orador don José Francisco Barrundia. La inserta en uno de sus últimos libros Gustavo Alemán Bolaños. Desde entonces la entrevista ha sufrido grandes modificaciones. Sus avatares son más extraordinarios que los de los dioses de la India. Muchos escritores han adquirido renombre por sus entrevistas a estadistas, inventores iluminados, santos, toreros o delincuentes. En ellas al par de las notas descriptivas, expresan sus impresiones personales interesantes y vivas. Algunas, fantásticas, son compendios de filosofía, sátira aguda y síntesis de los proble-

mas contemporáneos Me refiero a las de Gog, de Papini

En Guatemala descolló en la crónica antes de que le sonriera la celebridad, Enrique Gómez Carrillo Dio a conocer nombres y páginas de los escritores franceses Mas todas sus elucubraciones produjeron confusión en el cerebro de los líricos Estos, sin guía segura, se extraviaron por múltiples caminos artísticos Como consecuencia, la neurosis alteró los nervios de los más enfermizos o sensibles Escaparon de ellas quienes pudieron abandonar el país, como Enrique Gómez Carrillo, quien al decir de su padre —el juicio don Agustín,— tenía la cabeza desequilibrada a consecuencia de la gran cantidad de novelas francesas leídas

El viaje a Francia del futuro autor de *Grecia*, resató una víctima a la locura y produjo un admirable literato

La labor divulgadora de Gómez Carrillo —Culto a Paul Verlaine.—Desconcierto en las tendencias. El caso de José C. Mixco.—Su iniciación literaria en Guatemala. —Inquietudes y alcohol.—Responso romántico.

Las primeras divulgaciones formales de las tendencias artísticas de Francia se hicieron en Centroamérica en 1895 La Imprenta Nacional, de El Salvador, editó un primoroso libro de Enrique Gómez Carrillo *Notas y Estudios*, exposición sencilla del movimiento literario de Europa En el istmo había apenas vagas noticias de Flaubert y de Baudelaire Faltaban referencias sobre los libros de más relieve y se desconocía la naturaleza de las corrientes estéticas Gómez Carrillo tradujo al par algunas bellas prosas El mismo expresó su desconcierto ante las nuevas escuelas de poesía

Hablar de los poetas de hoy es más difícil que de los poetas de ayer En 1860 los jóvenes que en Francia hacían versos eran caballeros de un mismo ideal y peregrinos de una misma religión Tenían una biblia estética, un sacerdote supremo y un templo en cuyo pórtico brillaba el perfil impasible de Minerva El sueño dorado de la juventud consistía en realizar una obra colectiva

Para aclarar conceptos añadía

La única palabra que puede aplicarse cuando se trata de los poetas jóvenes de Francia es la de individualismo

Gómez Carrillo buscó el lazo de unión estético entre todos ellos Analizó los términos de las disertaciones que sobre el particular formuló Moreas en polémicas con otros fanáticos del arte nuevo Presentó, también la silueta literaria del mismo Moreas, la del norteamericano Withman y de Gabriel D'Annunzio Inconforme con presentar esas siluetas, pregonó la existencia de varios grupos casi antagonicos Unos reforzaban la escuela de los naturalistas y otros las del simbolismo Paul Verlaine, Paul Bourget, Anatole France, Mallarmé, Octavio Mirbeau Moreas a su juicio era un Homero seguido de cincuenta rapsodas

jóvenes Lo más saliente de su libro fue la apología de Verlaine a quien en todo el mundo se rendían homenajes a pesar de su decadencia lírica, de la vaguedad de sus temas y de la melancolía de sus poemas místicos o apasionados Enseñaba Gómez Carrillo

Ha logrado referir mejor que nadie las transformaciones del ser enfermo Su mérito principal consiste en haber sabido expresar de un modo sencillo y sublime los estados de alma de nuestro siglo, puesto que representa una época entera con sus audacias con todos sus desfallecimientos, todas sus dudas y todos sus creencias, con todas sus grandezas y en fin con sus miserias

En tan sencillas frases definió la personalidad y el arte del poeta que tanto influyó en España y en América Con tales informaciones los líricos buscaron ávidamente sus poemas Más que sus poemas les interesó su vida de amable y genial cínico Para muchos constituyó un ideal el vivir en estado de embriaguez alcohólica, como si esa hubiera sido la única enseñanza del extraordinario profeta de lo nebuloso y de lo extraño Gómez Carrillo dentro de su exaltación continuó diciendo

No es un hombre sino un símbolo de varias generaciones que vivieron agitadamente

El cronista no se conformó con divulgar las obras de los franceses Mencioné ya a Walt Withman y a D'Annunzio, ambos de distintas y opuestas tendencias Sin embargo —tal aseguraba el escritor centroamericano— tenían un punto de contacto y éste era el culto a la forma Esta circunstancia los unía a los simbolistas Walt Withman se encontraba muy distante de los poetas enfermizos de Francia, aunque en su estilo se anotaban ansias e ideas revolucionarias en el arte

Con nombre literario en París y en Madrid, Gómez Carrillo continuó informando acerca de múltiples aspectos de la vida artística europea Unas veces disertó sobre la música, seducido siempre por las varias modificaciones de ese arte Otras interpretó el sentido *intelectualista* de maravillosas danzas La mayor parte de las veces se admiró de tales formas de belleza, pero también supo sonreír escépticamente Aún no había pasado de escándalo del cubismo cuando anunciaba a los latinoamericanos el raro *cerebrismo*, nombre estafalario para nosotros Los cerebristas trataban de libertad a la música de "las molicies melódicas de Italia" su pontífice era Debussy Paralelamente, el pintor Cezanne se reía de los modelos clásicos admirados por los siglos, y Rodín buscaba nuevas expresiones en el arte escultórico Artistas llegados de Tahiti pretendían reformar la estética con la adaptación bárbara de una real o supuesta belleza primitiva adorada por los indígenas de esa isla Propósitos fundamentales del cronista eran presentar las eternas mutaciones del arte en sus variados círculos y climas Ahí están sus crónicas sobre la *metacoria*, que era "la música en el número" para sintetizar, conforme el texto de una entrevista "que representaba la síntesis de una idea bailable en una figura geométrica"

No se contentó el cronista en informar sobre las expresiones de arte parisiense. Fue un eterno y apasionado peregrino, prosiguiendo una trayectoria similar a la de Pierre Loti. Al mismo tiempo que relató la grandeza y miseria de los países visitados, nos enseñó las características de sus poetas, de sus filósofos, de sus dramaturgos y de sus pecadoras. Algunas veces hizo el paralelo entre los artistas de Europa y los de Oriente. Estudió el arte teatral de los griegos contemporáneos alejados de Sófocles para inclinarse a Ibsen. Los nuevos helenos en vez de buscar en el pasado las fuentes de su inspiración, recurrían a algunas leyendas nacionales, embelleciéndolas. Tras de estudiar superficialmente a los griegos analizaba a los montenegrinos y luego a los árabes y también a los escandinavos. Impresionó a nuestros líricos el relato de Gómez Carrillo sobre las *literaturas malsanas*, y para ello mostró la grandeza de un arte enfermizo donde descollaban la señorita Rachilde, Lorrain y Huysmans.

Caso perfecto de neurosis avivada por el desconcierto de esas lecturas fué el de José C. Mixco. En el año de 1890, a la edad de quince años, débil, flaco y pálido, dejó la casa paterna en San Salvador trasladándose a Guatemala, desde donde lo llamó el escritor Joaquín Méndez. Concurrió allí, hipnotizado por los brotes del modernismo. A falta de París, bien estaba una modesta ciudad en cuyos cenáculos pudieran comentarse las escuelas literarias francesas. Escribió en varias revistas literarias. Redactó esbozos de crónicas imitando al *Duque Job*. Pudo así llenar una de sus aspiraciones como fue imprimir *Minaturas*, tomo de poesías pequeño, a todo lujo. Constituían una colección de versos modernistas, con algunos vocablos raros.

Terminada la primera racha literaria de 1890 volvió a San Salvador. Llevaba en su pobre valija de peregrino varias docenas de ejemplares de *Minaturas* y la desolación prematura en el alma. Se le catalogó entre los *decadentes*. Gustó de presentarse como misántropo. Antes que recorrer las redacciones de los diarios y engrosar los circulillos literarios se encerró entre los cuatro paredes de su biblioteca, en la casa solariega. Enriqueció los anaqueles con numerosos libros de literatos parisienses, de su predilección. Tan extraña conducta afligió a sus familiares, máxime que pasaba la noche enfrascado en sus lecturas hasta el grado de perder el sueño. Cuando dejaba de leer, durante las noches, recorría a grandes pasos el jardín de apretados árboles y como sugestionado, pasaba grandes ratos al borde de la pila contemplando en el agua quien sabe qué extrañas y fantásticas visiones. Sólo el aguardiente podía darle un paraíso incompleto como sucedáneo del ideal. Su anhelo máximo hubiera sido amanecer en pleno Barrio Latino y a ser posible oír las frases sibilinas de Verlaine. De esa manera sus costumbres de inadptado suscitaban un conflicto con la realidad, estableciéndose en él aguda tensión nerviosa. Realizaba un segundo caso de bovarismo agravado por los alcoholes. El examen de algunas de sus poesías daba la clave o explicaba su neurosis. Se traslucía en ellas una inquietante confusión de sentimientos, para valerme de un término popularizado

por el sutil novelista Stefan Zweig. Como a Olivares, lo exótico lo seducía. Buscó en la China—como numerosos líricos de ese ciclo—temas para sus poemas delicadas. Escribió

En un silló bordado donde florece el loto
—junto al tapiz que adornan pictóricos jarro-
nes—entre los pebetesos y bibelots nipones—
grácil musmé se aduerme en un ideal igno-
to—Con su impalpable armiño, maravillosos y
rico—en campos de granate, refulge su abani-
co—Tienden el vuelo y surgen en áuricas pa-
rullas—orlando el biombo oscuro maravillosas
grullas—Y sobre aquel paisaje nostálgico y ri-
sueño—se cierne un soplo suave de "delectan-
te" ensueño

Si en la composición hubo influjo verleniano por lo difuso de las ideas y el tono gris, pudo anotarse también el deseo del poeta en imitar a los parnasianos en la eliminación de lo emotivo. En otro soneto pretendió reproducir un desierto africano y en otra composición "cinceló"—así se decía en esos días—un motivo griego. Transcribo

Es la hora entristecida en que atardece—
y la sabana inmensa del desierto—en medio
del crepúsculo parece—un paisaje otoñal, bo-
rroso y yerto—El luminoso rayo que se acrece
—en el páramo extenso, casi muerto—emisario
del día que fenece—su flama explende de
dorado incierto

El poeta dedicó a Amado Nervo una composición de corte herediano y con un motivo helénico. Hubo en todo una confusión mental máxime ser el poeta Nervo, fervoroso místico

Como en aquellas fiestas solemnes de
Hyacinto—el peplo desceñido con divinal es-
pasm—yérguese soberana, sobre el sagrado
plinto

Junto a la vaga reminiscencia de los franceses decadentes, se acentuó la huella rubendariana con su devoción a los cisnes, a las cortes del siglo XVIII y a la opulencia musical de Wagner nunca oída por Mixco

En el país insomnial donde flotan—negras
brumas que opacan el cielo—donde todas las
ansias se embotan—y se apaga el erótico an-
helo—En el viejo país claudicante—y en un
rápido día risueño—nació el Rey de la Corte
Galante—el sultán del idílico ensueño

Los últimos días de Mixco fueron angustiosos. Sospecharon sus parientes que era víctima de un amor contrariado. Otros hablaban de alucinaciones alcohólicas y de la consecuencia de su amistad con literatos desequilibrados. Alguien propuso se hiciera un auto de fe con los originales del poeta, conduciendo a éste a una montaña. Mas toda esa inquietud terminó con el suicidio de Mixco. El pistoletazo en la sien fue el epílogo de tales incertidumbres. Cosa extraña, él, que repudiaba a los románticos recibió de éstos el último homenaje. Alvarez Magaña, de legítima estirpe esproncediana, rezó el responso, pidiendo al cielo perdón para el atormentado. Los románticos y modernistas, cuando fueron artistas sinceros, se reconciliaron siempre al borde de la tumba.

Los degenerados de Nordau —Influencia nociva de Emiliano Hernández.—Generación literaria modernista.—La influencia de Chocano.—Decadentes y modernistas.—El complejo del trópico Lo que se espera después de la Gran Guerra.

Entre 1900 y 1910 llegaron a manos de las personas cultas los libros de Max Nordau, en uno de los cuales se ocupaba del caso clínico de los *decadentes* europeos. Los nuevos literatos franceses deberían encasillarse entre los elementos anti-sociales bajo la tara de enfermedades hereditarias. Sostenía al par el profesor, que los alimentos fermentados influían sobre las inteligencias de los bardos haciendo fluctuar a éstos entre las emociones y los sentimientos. Aun más, agregó que salientes literatos constituían peligro para el Estado, participando de esta opinión Pompeyo Giner. Luego, contradiciéndose, agregaba que los nuevos escritores franceses eran formidables humoristas, algunos de genio. Guardando distancias, en nuestro medio, se hizo clasificación análoga y muchos líricos fueron considerados, sino como peligrosos, a lo menos como melancólicos.

El término *decadente* principió a popularizarse en Centro América en 1910. Escritor *decadente* era quien seducido por la moda artística de Francia buscaba audaces expresiones. También se aplicaba el término a quien usaba los vocablos "nelumbos" "mármoles pentélicos" y "horas crepusculares". En su afán de neologismos, Chocano aconsejaba al poeta Rafael Arévalo Martínez, que huyera de los "metros gastados de palabras viejas" y de las "parejas de versos atados como yuntas". A pesar de las burlas, los *decadentes* seguían imperturbables como procedieron sus antecesores los románticos y sus herederos los vanguardistas (1). Los últimos tuvieron que enfrentarse a los antiguos decadentes, encontrando en éstos a sus más feroces adversarios.

Más de un poeta creyó realidad lo afirmado por Nordau acerca de los degenerados, catalogándolos en *superiores e inferiores*. Entre los primeros estaban los *intelectuales*, término aplicado impropriamente a los escritores se descartaba a los abogados, médicos y profesores. Más de uno preconizó que el cultivo de las letras facultaba a ser amoral. el poeta estaba sobre los demás hombres. Fue, en Nicaragua pontífice de tales desatinos, Emiliano Hernández, venezolano, de brillante imaginación. Era neoromántico, ultrarretórico y falto de ideas y de ideales. Según su credo extraño, el escritor grande o chico no debía de cumplir ningún compromiso. Hasta el sentimiento de amistad debía de despreciarse. Inició un período de envilecimiento y estableció la primera "mutua de elogios".

(1) Pocos modernistas se afiliaron a la vanguardia. Entre ellos debe citarse a Miguel Ángel Asturias, Otilio Selva y Alfonso Orantes (Guatemala). El primero de los citados es autor del poema *Emuló Lipoldón*, pieza originalísima. En Nicaragua la transformación se operó en José Coronel Uitecho y Salomón de la Selva, encontrándose estos dos en puntos antagónicos de política. Uno tiene la vista a la derecha y el otro a la izquierda. Característica del vanguardismo fue una confusión de fuerzas de revolución y reaccionarias. César Brañas (también en Guatemala) salió a última hora del modernismo, para hacer un arte diverso al que estiló desde 1900 a 1921. Ni Arévalo Martínez (Guatemala) ni Rafael Heliodoro Valle (Honduras) ni Rafael Cardona (Costa Rica), ni Santiago Argüello (Nicaragua) dejaron su modernismo específico. Carlos Wylid Ospina (Guatemala), temeroso de estar en desacuerdo con la época, abandonó la poesía para dedicarse a escribir novelas titoladas

Exaltó el petardo en gran escala, protegido bajo las banderas purísimas del arte. Envenenados por su escuela, algunos sucumbieron moralmente. Los más se salvaron, aislándose o huyendo a otras repúblicas sin tales contaminaciones. Por fortuna la primera guerra europea (1914), marcó deberes a los escritores y estableció un código de ética desconocida por los discípulos de Hernández. Cabe apuntar que en 1912 en Centro América el *decadente* se trasmutó en definitiva por el de *modernista*. Se desatendieron las inculpaciones de Nordau, y, así, cuando Chocano arribó en su segundo viaje, nadie lo motejó de desequilibrado.

Con la permanencia en Centro América de José Santos Chocano hubo un cambio de tendencias literarias. se abandonaron los motivos exóticos. Cuando el poeta peruano llegó por primera vez a principios de siglo, predicaba el arbitraje obligatorio en asuntos internacionales. Tenía aires de mosquetero y aún no había entrado en "el endiosamiento de sus treintitrés años". Su misión más que lírica era política. Mas su influencia literaria se anotó en su segundo o tercer jira en 1912, después de su publicación en Madrid de *Alma América*. Tenía entonces la prestancia de un poeta bárbaro, "sano de alma y de cuerpo a pesar de las civilizaciones enfermas". Manifestación elocuente de su nueva concepción artística fue "*La Oda Salvaje*".

Con su permanencia en Guatemala terminaron los abates lánguidos y los violines del otoño. Los temas predilectos fueron las montañas y los ríos desbordados. Su campaña literaria tuvo en el medio dos jóvenes colaboradores. José Rodríguez Cerna y Adrián Recinos. El primero de los citados se erigió en el prosista elegante, cromático. los temas más baladíes sabía embellecerlos. Escribió el primer libro de prosa artística del Istmo. Recinos, representó el enciclopedismo sagaz, tolerante. En Honduras aparecieron tres prosistas, Julián López Pineda, Luis Andrés Zúñiga y Rafael Heliodoro Valle. La escuela en Nicaragua tenía su representante en Santiago Argüello.

Guatemala fue centro de las inquietudes artísticas. Llegaban allí jóvenes líricos de los cinco países del Istmo soñadores de Nicaragua, belicosos de Honduras, discretos costarricenses y apasionados salvadoreños. Inserto una nómina de tan desinteresados caballeros del modernismo.

Rafael Arévalo Martínez, Carlos Wylid Ospina, Jorge Valladares Márquez, Manuel Calderón Avila, Alberto Velásquez, Alfonso Guillén Zelaya, Carlos Rodríguez Cerna, Ramón Ortega, Gustavo A. Ruiz, Rafael Valle, Flavio Herrera, Carlos H. Martínez, Carlos H. Vela, Alfredo Sierra Valle, Roberto Barrios, Virgilio Rodríguez Beteta, Antonio Barquero, Virgilio Zúñiga, Arcadio Choza, Andrés Largaespada, Andrés Vega Bolaños, Salvador Martínez Figueroa, Manuel Andino, Joaquín García Salas, Hernán Cuevas del Cid y Mario Sancho (2).

(2) Una vez alejado Chocano de Guatemala, en 1921, tras la caída del régimen del licenciado Estrada Cabrera, surgió otra generación separada del clásico modernismo. Otras tendencias y otras ideas estéticas fueron sus banderas piedillectas. Descollaron: César Brañas, Carlos Gandaya Durán, Ramón Aceña Durán, Sinfotoso Aguilar, Arqueles y David Vela, León Aguilera, Alfredo Balsela Ríveta, Carlos Samayoa Aguilar y Augusto Meneses.

Al término modernista se le dieron diversas aplicaciones. Entró en la moda femenina, en las declaraciones de amor, en la ornamentación y hasta en la pastelería. Se produjo un fenómeno semejante al de Francia en la época en que todo era "increíble". Era modernista el peinado de una niña caprichosa así como el excéntrico de smoking rojo a lo Frégoli. También lo era el galancete que exornara la solapa de su americana con un enorme crisantemo. Eran modernistas algunas fotografías. La dama que fumaba en público, era legítima modernista así como la señorita que saliera de paseo por la tarde, para regresar a su hogar a las del alba. El modernismo era llamativo, magnífico.

El citado Pompeyo Gener aseguró que la Exposición de París tuvo repercusiones en la vida mundial. Como reflejo en el Istmo hubo un movimiento de europeización, principalmente en Guatemala. El anhelo era convertir las ciudades en pequeños *Parises*. Se abrieron grandes almacenes de modas. Llegaron óperas italianas con bailarinas enloquecedoras. Arribaron peluqueros de Italia, las barberías dejaron de ser covachas de bárbaros sacamuelas. En los bares aparecieron los primeros cocteles y el champaña fue bebida predilecta de los cafetaleros enriquecidos. Los celos empujaban a un amante arrojar vitriolo en la cara de una primadona. Y paralelamente a tal euforia, instalábanse casas de placer, provocándose un escándalo en la sociedad vieja en choque con otra despreocupada y modernista.

Un fumadero de opio no se hubiera encontrado ni en los puertos. Nadie conocía el hachich ni otros narcóticos. Por otra parte cabe apuntar, que en medio de tal euforia semi elegante y cursilona los líricos, por su pobreza, seguían ingiriendo aguardiente. Exaltaban el arte moderno, pero vivían a lo romántico. Antes que discípulos de Verlaine lo eran de Espronceda, circunstancia prolongada hasta cerca de 1914. Como espectador asistí en tal período a una fiesta de líricos y estudiantes de medicina semi locos. Su sensación máxima estaba en beber alcohol en una calavera, como nota romántica y tenebrosa. Simplicidad lírica de 1910.

Se inició pronto el arte llamado autóctono, con manifestaciones en la literatura. Chocano en el Istmo fue su corifeo, habiéndolo todos aceptado como el poeta de América, sin proceder para ello al examen riguroso de tal expresión. El peruano vio en el indio al único componente racial del Hemisferio, olvidando al negro, uno de los elementos de la poesía moderna de Cuba. Además se olvidó que estos países de mestizos están gobernados por los mismos. Por otra parte cantó a una América colonial. Los derechos del indígena nunca le conmovieron. El México de Chocano, fue el de doña Marina y de Hernán Cortés y no el de las luchas por la Independencia y de las agitaciones revolucionarias de un cuarto de siglo. El poeta de América hasta hoy no ha aparecido. El autor de *Alma América* pudo ser el de los volcanes, de los caciques, de las magnolias, pero nunca el del Continente en donde se funden numerosas razas y hay fermentos

de azonadas y conmociones sociales. América está lejos del caimán y de Pizarro.

Vuelvo al tema de la neurosis. Ningún documento más precioso para el estudio del desequilibrio mental entre los líricos que la novela *Una Vida*, del prosista y poeta Rafael Arévalo Martínez. El personaje es un niño enfermizo abatido por los venenos de la literatura morbosa exótica, opuesta a la sana y vernácula. Tiene el carácter de autobiografía profunda, más valiosa que pretensiosos tratados científicos sobre la locura exaltada o la melancolía. Transcribo algunos pasajes.

En mis regordetas manos de niño enraizó así el libro; y debe ser una planta maldita, pues pronto fueron largas y delgadas. Hoy mis manos de hombre apenas pueden sostenerlo. Ya era el señor Rector que me sorprendía sacando el brazo. Ya un profesor más inteligente que sus congéneros, que tomaba de mis manos "La Investigación de lo Absoluto" o "El Doctor Pascal" y edificaba luego a la clase, hablando una hora con voz indigna de la infinita tristeza de un niño que a los diez años lee a Zola o a Balzac.

La novela expresa cómo el alma de un niño se transforma en ser inútil para la vida. El lírico es producto formado por un medio místico, las lecturas y el aislamiento. El *bovarismo* más tarde puede avivarse por el uso inmoderado del aguardiente, como aconteció a Olivares y a Mixco. Nada más impresionante, emotivo y sencillo que la descripción de Arévalo Martínez, quien siguiendo método diferente a los de otros novelistas del Istmo, describe las inquietudes psicológicas de sus personajes antes que la naturaleza circundante. Expresa el buceador de almas.

Y por último, el lecho del dolor que aguarda a todos los que están enfermos desde niños del mal de lo absoluto. Un médico que me declaraba incapaz para el estudio, la sociedad que me declaraba incapaz para vivir. Y ésta es mi triste existencia de no ser nada, de vivir en mi infinito egoísmo, de contar las pulsaciones de mi dolor. Y a la postre, como remate, tres palabras que lo definen todo, que lo hacen comprensible todo: un poeta decadente más, un poeta hispanoamericano más.

La literatura americana ha limitado en parte la neurosis, Chocano hizo bien en tal sentido. Mas el hecho de inclinarse a las obras del Continente, no ha de implicar ni implica desconocimiento e ignorancia de las obras europeas. Éstas, al par que flexibilizan el pensamiento, universalizándolo, evitan el lamentable y odioso regionalismo en el arte. Ahora precisa inquirir: ¿qué nuevas tendencias de literaturas, qué nuevas inquietudes intelectuales sacudirán a la juventud del mundo después de esta segunda guerra de las naciones? En vista de las dolorosas experiencias, sabremos si evitar las literaturas morbosas, incompatibles con nuestro clima y nuestra constitución orgánica. Sólo así aliviaremos el complejo que según Arévalo Martínez está agravado por el alcohol, la sífilis y el paludismo siniestro tríptico centroamericano, determinante de la locura de políticos, caudillos y literatos.